

PASTOUREAU, Michel

Le loup. Une histoire culturelle.

Seuil.

Paris: 2018, 156 pp.

ISBN: 978-2021403954.

Michel Pastoureau acaba de publicar su último libro titulado *Le loup. Une histoire culturelle* (El lobo. Una historia cultural) en la editorial Seuil. El autor es director de estudios en la Escuela Práctica de Altos Estudios donde ha ocupado durante treinta y cinco años la cátedra de Historia de la simbología occidental. Es también director de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales y profesor en la Escuela del Louvre. Este historiador francés, reconocido internacionalmente, especialista de los colores, de las imágenes y de los emblemas, no ha parado de trabajar, desde su tesis doctoral titulada *Bestiaire héraldique médiéval*, sobre la simbología animal y la historia de la zoología. Dan cuenta de ello sus obras *L'Ours. Histoire d'un roi déchu* (2007), *Bestiaires du Moyen Âge* (2011) o *Le roi tué par un cochon* (2015). Podemos igualmente citar, en otros ámbitos, *Une histoire symbolique du Moyen Âge occidental* (2004), *L'art héraldique au Moyen Âge* (2009) o *Les couleurs de nos souvenirs* (2010), obra por la cual ha recibido el Premio Médicis de Ensayo.

En la introducción de la presente obra, el autor recuerda que «cada sociedad construye su imaginario del mundo animal en torno a un pequeño número de especies que le parecen más importantes que las demás y que tejen entre sí unos vínculos, a la vez, estrechos, oscuros y más o menos fantaseados. Estos forman una suerte de bestiario central (...) a partir del cual se articula toda una red de leyendas, mitos, imágenes y símbolos» (p. 9). En el continente europeo, ese bestiario central se ha constituido de manera precoz,

es decir desde la alta Antigüedad, y ha permanecido relativamente constante durante un largo periodo. Se ha construido alrededor de un núcleo primitivo compuesto por «ocho animales, a la vez, salvajes e indígenas: el oso, el lobo, el jabalí, el ciervo, el zorro, el cuervo, el águila y el cisne» (p. 9). Posteriormente, se le han añadido algunos animales domésticos como el toro, el caballo, el perro y, luego, el cerdo, el asno y el gallo. A esta lista conviene agregar «una criatura de ficción, el dragón, (...) y tres animales exóticos: el león, el elefante y el mono» (p. 9). En total, son unas veinte especies que han desempeñado «un rol [relevante] en la historia cultural europea» (p. 9).

Centrándose en el lobo, Pastoureau constata que, si existen varios libros de calidad sobre la historia de esa fiera, pocas obras han priorizado su historia cultural a largo plazo (pp. 9-10). Es precisamente lo que pretende hacer en este trabajo, partiendo del principio de que «la historia cultural es siempre una historia social, la de las representaciones colectivas (...) propias a una sociedad dada» (p. 10), de modo que, para dar cuenta de esta historia, sea necesario conocer las sociedades concernidas, que son, en este caso, las sociedades europeas (p. 10).

Durante un largo periodo, nos dice el autor, «los historiadores no se han preocupado por los animales. (...) Solamente algunos filólogos e (...) historiadores de las religiones se han interesado por tal o cual fiera específica» (p. 11). Esta situación está cambiando gracias a algunos historiadores pioneros y «gracias a su colaboración con otros investigadores provenientes de [distintos] horizontes» (p. 11). Su estudio se sitúa incluso en la punta de la investigación científica y se halla en el cruce de numerosas disciplinas. De hecho, en su relación con los seres humanos, los animales permiten abordar todos

los temas de la historia social, económica, cultural, religiosa, tanto material como simbólica. «Está presente por todas partes, en todas las épocas, en todas las circunstancias», y plantea al historiador preguntas relevantes y complejas (p. 11).

Sean cuales sean las fuentes y los contextos, el lobo está omnipresente y «aparece siempre [como] más negativo que el oso, tanto más feroz, más cruel, tanto más vicioso, más cobarde, más ridículo» (p. 11). Hoy en día, el lobo está de nuevo en el centro de la actualidad. «Su entorno natural o su reintroducción artificial en varias regiones europeas de las que había desaparecido suscitan, desde hace varios años, violentas polémicas, oponiendo los ganaderos, cazadores y pastores a los defensores de la naturaleza» (p. 12). La reintroducción del lobo por el ser humano traduce una nueva actitud hacia ese animal. Como especie protegida, goza, actualmente, de todas las virtudes, ya que la presencia del lobo sería la demostración de una gestión integradora del paisaje, sería el testigo de la buena salud ecológica de una especie, y sería incluso un modelo de vida en sociedad (p. 12). En ese contexto, los historiadores son acusados de difundir una imagen distorsionada del lobo, «la de una fiera voraz, sanguinaria y devoradora» (p. 12), aunque las diversas fuentes muestren que, a lo largo de los siglos, «el lobo parece haber sembrado terror, destrucción y desolación», lo que demuestra que la imagen del lobo ha evolucionado a lo largo de la historia (p. 13).

En el primer capítulo, dedicado a las «mitologías antiguas», Pastoureau subraya que se desconoce prácticamente por completo la naturaleza de las relaciones entre los humanos y el lobo durante el paleolítico superior. De hecho, «el lobo no es una [figura relevante] del bestiario presente en las [pinturas rupestres] de las cuevas» (p. 15).

No obstante, «es durante ese largo periodo de varios milenios cuando empieza a forjarse el imaginario del lobo, fiera, a la vez, admirada, respetada y temida, que frecuenta los mismos territorios que los [humanos], que se nutre de las mismas presas y en el cual ciertos pueblos verán más tarde sus lejanos ancestros» (p. 15).

En Europa, la mitología griega abunda de historias sobre lobos «voraces, ladrones, embusteros, crueles, enemigos de los pastores y de los rebaños» (p. 15). Atributo de varias divinidades, «el lobo sirve de instrumento para castigar a los mortales o vengarse de otros dioses» (p. 15). Algunos temas son «recurrentes en los mitos más [conocidos]: el disfraz o la metamorfosis en lobo; la loba nutricia; el lobo guía o protector» (pp. 15-16). En griego o en latín, «circulan numerosos adagios, expresiones y proverbios que subrayan el rol que [desempeña] el lobo en la vida y el imaginario de los antiguos» (p. 17). La máxima más conocida aparece por primera vez en la obra de Plauto, titulada *Asinaria*, compuesta a finales del III siglo a. C.: «el hombre es un lobo para el hombre» (p. 20).

En la mitología nórdica, «los lobos son netamente más feroces que en Grecia» (p. 20). Por ejemplo, Odín, principal divinidad del panteón nórdico, «mago, tuerto, secreto, embustero, cruel, pero omnisciente», está considerado como el dios de los lobos (pp. 20-21). «Los relatos mitológicos son, en general, menos violentos entre los celtas» (p. 22). Así, Lug, principal dios del panteón celta, padre de la creación, está acompañado de dos lobos (p. 22).

En el segundo capítulo, consagrado al periodo romano, Pastoureau destaca que «los romanos se han interrogado con pasión sobre los orígenes de su ciudad. A lo largo de los siglos, se han constituido diferentes tradiciones, pero, a partir de la época de Augusto,

son las versiones recogidas por Virgilio, en su poema épico *Eneida*, y por Tito-Livio, en su *Historia romana*, las que hacen autoridad» (p. 27). Roma, cuya fecha de fundación está tradicionalmente fijada en el 753 a. C., debe su ubicación al desenlace dramático de la lucha fratricida entre Rómulo y Remo que fueron alimentados por una loba en el monte Palatino. Desde entonces, la loba, así como el águila, están consideradas como los animales protectores de la ciudad. «Bajo la República, se convierten en sus emblemas oficiales y, en la época imperial, son representados sobre soportes de [todo tipo]. La loba que [nutrió] a los dos niños [figura] en el revés de diferentes monedas y en [numerosos] monumentos» (p. 32). Además, es objeto de un culto, ya que, «cada año, quince días antes de las calendas de marzo, se festejan las Lupercales, que asocian en una misma ceremonia el dios Lupercus (...) y la loba nutricia. Esta fiesta, una de las más importantes del calendario romano, [tiene] como fin traer prosperidad y fecundidad a la ciudad, a sus campos y a sus rebaños» (p. 32). Por último, para los romanos, «la parte oriental del [monte] Palatino, donde se ha desarrollado la lactancia de los gemelos por la loba, se convierte en un territorio sagrado» (p. 34).

En el tercer capítulo, titulado «El santo más fuerte que la bestia», Pastoureau indica que la Biblia apenas hace referencia al lobo, «limitándose a una quincena de ocasiones donde el animal sólo es mencionado [como] metáfora o comparación. Jamás interviene en un verdadero relato», a pesar de que haya estado presente en Palestina durante la época bíblica (p. 37). A su vez, nunca es presentado como una verdadera amenaza para el ser humano; en cambio, «para el ganado, especialmente para los ovinos, el lobo constituye un peligro permanente contra el cual los pastores [luchan con dificultad]» (p. 37).

Entre los Padres de la Iglesia y los autores de la Alta Edad Media, «el propósito es más prolijo y netamente más preocupante. El lobo no es solamente una metáfora, sino que se ha convertido igualmente en un ser de carne [y hueso], una amenaza bien real para los humanos, que ataca, rapta, masacra o devora» (p. 37). Se ha convertido en una calamidad que forma parte de «los peligros cotidianos en la vida del campo». Algunos autores, tales como Agustín en el siglo v o Rabano Mauro en la época carolingia, lo presentan como el peor animal de la creación: «asqueroso, perverso, violento, cruel y sanguinario» (p. 39).

Entre los siglos iv y x, «nace la imagen del gran lobo feroz, voraz, rapaz, espantoso y temible» (p. 39). Esta percepción puede explicarse por varios factores: 1) la venida de lobos del gran Norte que son «más grandes, más agresivos, más feroces»; 2) un largo periodo durante el cual la rabia ha causado estragos en Occidente, «modificando el comportamiento de los lobos y convirtiéndolos en mucho más peligrosos»; y, 3) un control creciente del ser humano sobre su entorno (p. 39). Además, nos dice Pastoureau, durante ese periodo el clima cambia, las hambrunas y las epidemias se multiplican, la demografía decae, la mayoría de las tierras cultivadas se convierte en inculta, el bosque y la landa ganan terreno, por lo cual, los animales salvajes se aproximan y se hacen más amenazantes (p. 39).

Ese temor del lobo provoca un cambio en las actitudes y mentalidades. Se convierte en «un ser mortífero contra el cual es absolutamente [indispensable] luchar, [tanto física como] simbólicamente» (p. 39). Diferentes medios son utilizados para ello. «Los reyes y los príncipes instituyen unos oficios de loberos, los señores organizan unas batidas, por todas partes se intenta matar al mayor

número de lobos» (p. 39). El lobo es inscrito en la categoría de animal diabólico. Se le atribuyen numerosos vicios, tales como la astucia, la rapacidad, la crueldad y la voracidad (p. 39). Es la razón por la cual, «los relatos hagiográficos se esfuerzan en tranquilizar a los fieles y en mostrar que los hombres de Dios son siempre más fuertes que la bestia más salvaje y más feroz, que es el lobo» (p. 39). Estos relatos cuentan cómo tal o cual santo «ha vencido a un lobo, ha conseguido su obediencia, lo ha obligado a devolver lo robado o lo ha transformado en un servidor fiel, en un guía sobre los caminos peligrosos o en un fiel compañero» (p. 39). En ese sentido, las primeras estrategias medievales para luchar contra la fiera y contener los temores que suscita han consistido en matar, demonizar y domesticar al lobo (p. 44). Al ser insuficientes, en la época feudal los clérigos han recurrido a otro medio para convertirlo en menos espantoso y amenazante: burlándose de él, humillándolo y ridiculizándolo. Lo han hecho a través de las fábulas y de los cuentos de animales (p. 44).

En el cuarto capítulo, titulado «El lobo de los bestiarios», el autor recuerda que «la Edad Media nos ha dejado un gran número de libros especializados consagrados a los animales: enciclopedias zoológicas, tratados de montería, [antologías] de fábulas, obras de medicina veterinaria, manuales de agronomía, piscicultura [y] equitación» (p. 47). Los bestiarios, que conocen un notable éxito en los siglos XII y XIII, principalmente en Francia y en Inglaterra, «hablan de las especies animales, no para estudiarlas tales como son, sino para [convertirlas] en los soportes de significados a fin de [extraer] enseñanzas morales y religiosas» (p. 47). Estos bestiarios, redactados en latín o en lenguas vernáculas, son «obras que hablan de los animales para hablar mejor de Dios, de Cristo, de la Virgen y,

sobre todo, del Diablo, de los demonios y de los pecadores» (p. 47). Para ello, sus autores se apoyan en la Biblia y en los Padres fundadores de la Iglesia, así como en los pensadores que hacen autoridad, tales como Aristóteles, Plinio, Elien, Isidoro de Sevilla (p. 47).

A partir del siglo XII, la influencia de los bestiarios es relevante en una serie de ámbitos: «la predicación, la literatura, la iconografía pintada y esculpida, los cuentos y las fábulas, (...) los proverbios y los escudos de armas» (p. 47). Para todos los bestiarios, «el lobo es un animal malvado, cobarde y cruel; astuto también, a imagen del Diablo, su amo» (p. 49). «Hambriento, el lobo se transforma en bestia furiosa; saciado, se convierte en miedoso y perezoso. Pero, ama también hacer el mal por el mal (...), es la imagen misma del Diablo que atormenta a los hombres y a las mujeres antes de precipitarlos en el Infierno» (p. 49). Varios autores añaden que «la voz del lobo es terrorífica y que, en la noche, sus ojos brillan como candelas» (p. 49). Su vista desarrollada se convierte en un arma temible (p. 49). «Los bestiarios en lengua vernácula, que se convierten en relativamente numerosos en el siglo XIII, prefieren a veces el uso de la prosa, pero no difieren, en cuanto a su contenido, de los bestiarios en latín» (p. 53).

En el quinto capítulo, que se interesa por el lobo Ysengrun, Pastoureau indica que la *Novela del Zorro* agrupa un conjunto de 27 poemas, más o menos independientes, de longitud variable, «que parodia las canciones de gesta y las novelas corteses. [Cuenta] las aventuras de un [zorro], astuto y pendercero» (p. 59). Una lucha permanente lo opone al lobo Ysengrun, ambos estando rodeados de otros animales. «Forman una verdadera sociedad, organizada a imagen de la de los [humanos]. Cada especie está representada por un individuo-animal que tiene un nombre

propio, elegido en relación con sus características físicas o su simbología tradicional» (p. 59). A la hora de describir sus personajes, los autores proceden a una mezcla «de rasgos animales, de caracteres individuales y de comportamientos humanos» (p. 60).

En ese panorama, el lobo, eterna víctima del zorro, es una mezcla de fuerza bruta y de estupidez. En cuanto a la loba, no es más inteligente, además de ser «promiscua, lúbrica [e] impúdica» (p. 60). En la *Novela del Zorro*, «el lobo Ysengrun es una bestia estúpida e irrisoria, cegada por la rabia y el resentimiento, siempre dispuesta a caer en las trampas que le tiende el [zorro]. Es una víctima, constantemente humillada, engañada, molida a golpes, a veces mutilada, despellejada, crucificada; pero no inspira piedad, porque ocupa siempre una posición ridícula» (p. 60). Tampoco inspira simpatía, dado que el lobo es brutal, violento, colérico, envidioso y celoso. Nadie lo respeta, ni siquiera la loba (p. 60). Además, físicamente es feo, grande, negro, sucio y descarnado (pp. 60-62). Ysengrun es una fiera estrecha de miras (p. 62). No en vano, a pesar de sus defectos y vicios, es fiel y tiene el sentido de la familia (p. 62).

Esta escenificación de un lobo que hace reír en lugar de suscitar el miedo es el reflejo de cierta realidad, ya que el temor generado por ese animal decrece durante los siglos XII y XIII, al menos en Europa occidental. En efecto, «el miedo del lobo sólo estará de vuelta a finales de la Edad Media y, sobre todo, en la época moderna, donde se convertirá en una angustia permanente en la vida del campo» (pp. 63-64). Ese temor está vinculado con los periodos de crisis y no con los momentos de prosperidad económica y de auge demográfico.

En el sexto capítulo, titulado «Hombres-lobo y brujos», el autor indica que, «para la historia cultural, la frontera que

separa la naturaleza lupina de la naturaleza humana ha permanecido durante un largo periodo permeable» (p. 67). Las metáforas de la Antigüedad siguen estando presentes en la Edad Media cristiana, inicialmente transmitidas de manera oral y, posteriormente, a través de las crónicas y de los textos literarios (p. 67). En los siglos XII y XIII, «algunas fábulas y varios (...) breves relatos versificados (...) cuentan unas historias de hombres-lobo, es decir de hombres (...) cambiados en lobos, que se dedican a actividades salvajes y mortíferas durante la noche, especialmente las noches de luna llena y las que siguen al solsticio de invierno, y encuentran de nuevo su naturaleza humana a la mañana [siguiente]» (p. 67). Lo más a menudo, en ciertos casos, «la transformación es deseada o vinculada a proyectos demoniacos, [y] puede ser total o parcial» (p. 67).

Los cuentos de hombres-lobo surgen de nuevo en los siglos XV y XVI, marcados en el Viejo Continente por los casos de brujería y de sus supuestas conspiraciones contra la Iglesia católica y sus fieles (p. 72). De hecho, la lucha contra la brujería empieza en los años 1430 y ocupará a Europa durante tres siglos. Se produce una sobrepuja hacia la ortodoxia que conduce a la Iglesia a ver por todas partes adoradores del diablo, entre los cuales se hallan numerosos hombres-lobo. Así, en la época moderna, el lobo se convierte en una figura principal del bestiario demoniaco y de los crímenes de brujería (p. 76). En toda Europa se multiplican «los juicios hechos a hombres y mujeres acusados de ser brujas u hombres-lobo» (p. 77). De hecho, los hombres-lobo «están omnipresentes en el imaginario de los inquisidores, curas y pastores» (p. 77).

En el octavo capítulo, sobre «el nombre y el emblema», el historiador galo indica que, «en la mayoría de las lenguas indoeuropeas,

el nombre que designa al lobo [está vinculado] a una raíz que evoca la luz o el hecho de brillar» (p. 81). De hecho, el lobo es, ante todo, «un ser luminoso, un par de ojos, una mirada que ve y que brilla en la noche» (p. 81). De ahí viene la vinculación del lobo con el sol y la luna. En la mitología griega, «es el atributo de Apolo y el protegido de Artemisa», y, en la mitología nórdica, «acaba devorando los dos astros» (p. 81).

En las sociedades paganas de Europa del Norte y del mundo germánico, «el nombre asignado al lobo no puede ser pronunciado con ligereza (...). Al contrario, es preciso hacerlo con prudencia [y] enunciarlo con respeto» (p. 81). Para los guerreros, los cazadores y los campesinos, el lobo es «una criatura infernal» (p. 81). En el hemisferio Norte, el nombre del lobo es objeto de prohibición, ya que «encarna la bestia salvaje por excelencia, una criatura espantosa, intermedia entre el mundo [terrestre] y las fuerzas del mal» (p. 82). Al contrario, «en los territorios europeos, el nombre común y usual del lobo ha dejado innumerables rastros en la toponimia», sobre todo en los pueblos, aldeas y parajes (p. 82). Semejantes topónimos abundan bajo múltiples formas y dan cuenta del «lugar ocupado por la furia en la vida, los temores y el imaginario del campo» (pp. 82-84). Sin ser tan abundantes, el lobo está igualmente presente en los nombres de las personas (p. 84).

En cambio, el lobo está menos presente en el bestiario heráldico, quizás por razón de la aparición tardía de los escudos de armas o de la simbología negativa asociada al lobo (p. 84). En la Península Ibérica, «es en Navarra y en Galicia [donde] los escudos de armas [representando al lobo] son más numerosos» (p. 84). El lobo representa «la fuerza bruta, la violencia y la voracidad. (...) Es, por excelencia, el enemigo de la inocencia, la fragilidad y la

ingenuidad» (p. 87). Es asimismo la encarnación de la cólera (p. 87). En el universo de los emblemas y de los símbolos, la época contemporánea revaloriza al lobo, «dejando de lado la mayoría de sus aspectos negativos, para [centrarse] en su astucia, resistencia, tenacidad, audacia e incluso invencibilidad» (p. 88). Hoy en día, aparece en las camisetas de los equipos deportivos, en las insignias del escautismo o en los logotipos comerciales. Simboliza «la energía, [el ansia] de libertad, la vivacidad de mente, la confianza en [los] instintos, así como una [gran] inteligencia y la capacidad de gestionar unas cuestiones importantes colectivamente, de manera estratégica» (p. 88).

En el noveno capítulo, dedicado a las fábulas y a los cuentos, Pastoureau constata que, «desde la Antigüedad, la imagen negativa del lobo está igualmente difundida por las fábulas, [que son] cortos relatos en versos o en prosa que [aspiran] a divertir, al tiempo que dan una lección moral o de vida» (p. 91). Muchas fábulas ponen en escena a unos animales, «más o menos humanizados y dotados de palabra». Algunas, que tienen como principal protagonista al lobo, han atravesado los siglos: el Lobo y el Caballo, el Lobo y la Garza, el Lobo y la Anciana, y, sobre todo, el Lobo y el Cordero (p. 91). «Esta última muestra cómo el buen derecho no puede nada contra alguien que ha decidido hacer el mal» (p. 91). El bestiario de las fábulas, «sean antiguas o modernas, es más diversificado de lo que parece. El de Jean de la Fontaine, autor de 240 fábulas publicadas en tres antologías entre 1668 y 1694, pone en escena a 185 animales diferentes» (p. 93).

Con el león y el zorro, el lobo es una de las tres figuras principales de las fábulas, sean cual sean los periodos. Pero, estas, de la misma forma que los bestiarios medievales, no dan una imagen valorizante del lobo, ya

que encarna «la fuerza bruta, la crueldad, la voracidad, la glotonería, (...) la impiedad o la hipocresía» (p. 93). A menudo, se le añaden «la estupidez y el ridículo» (p. 93). Víctima de su torpeza, de su cobardía y de sus mentiras, «el lobo se halla engañado o maltratado por otros animales, menos fuertes pero más astutos» (p. 93). Desde la Antigüedad, «las fábulas han jugado un rol importante en la difusión de retratos [típicos] de animales, especialmente porque eran aprendidas por los alumnos. En Roma, estos debían conocerlas en griego y en latín, práctica que se ha prolongado bien avanzada la Edad Media cristiana. Más tarde, en francés, las [fábulas] de la Fontaine han sido igualmente aprendidas de memoria por los escolares del siglo XVIII al [siglo XX]» (p. 93). Aunque fueron criticadas, presuntamente por deformar la lengua o por ser incomprensibles, han conocido una inmensa difusión durante tres siglos a través del sistema educativo y de la iconografía (p. 97). El lobo aparece en ellas como ladrón, mentiroso, malvado, cobarde, cruel y sanguinario (p. 97).

Ese retrato completamente negativo de la furia se encuentra también en los cuentos tradicionales que desarrollan los mismos esquemas narrativos que las fábulas, pero lo hacen de manera más salvaje y con algunas connotaciones sexuales (p. 97). «El lobo es presentado como un depredador sin piedad, un ogro carnicero que devora tanto a los animales domésticos como a los pastores que guardan los rebaños, a los niños que se han perdido en los bosques, e incluso a los ancianos enfermos e impotentes» (p. 97). Aparece como una bestia astuta y mortífera temida por todo el mundo y que es preferible evitar, sobre todo en el caso de las chicas, porque el lobo está especialmente atraído por el sexo femenino (p. 97). Pero, el lobo no llega siempre a su fin, como en el caso de

Caperucita roja. Se trata de un cuento muy antiguo, cuya primera versión data del primer milenio, y cuyas versiones más recientes se atribuyen a Charles Perrault (1697) y a los hermanos Grimm (1812) (p. 97).

En el décimo capítulo, titulado «Una fiera en el campo», Pastoureau indica que, tras conocer un relativo eclipse en los siglos XII y XIII, el temor del lobo surge de nuevo en el alba de los tiempos modernos, «cuando el clima se degrada, las grandes epidemias [reaparecen], las guerras se hacen más devastadoras y Occidente conoce una grave crisis económica y demográfica» (p. 105). En el campo, la miseria se extiende: «las cosechas son malas, los inviernos son demasiado fríos, los veranos [son excesivamente] cálidos, las hambrunas causan estragos. [Numerosas] tierras están [en desuso] al carecer de personas para cultivarlas. Hambrientos, los lobos [se adentran en] los pueblos, devoran al ganado, roban todo lo que puede servirles de comida. Entran incluso en las grandes ciudades» (p. 105). Por lo cual, el miedo del lobo vuelve, «acompañado de su cortijo de rumores, dramas, historias horribles, unas fantasmadas [y] otras bien reales. Ese temor forma parte de la vida cotidiana y perdura hasta [bien entrado] el siglo XIX» (p. 105).

En toda Europa, «del siglo XV al siglo XVIII, los lobos constituyen (...) una calamidad, y sus víctimas no son solamente unos corderos o unas cabras, como en la Antigüedad, [sino que] son también unos niños e incluso unos adultos cuando la rabia hace estragos» (p. 107). Tanto los documentos de archivos, los registros parroquiales, como las crónicas lo confirman: «bajo el Antiguo Régimen, cuando se reúnen ciertas condiciones (inviernos interminables, hambrunas, epidemias, guerras), los lobos atacan a los humanos y comen los cadáveres de los soldados» (p. 107).

Ante semejante tesis, de manera temprana, Occidente se ha organizado para luchar contra los lobos. «A imagen de Carlomagno, a inicios del siglo XI, los reyes y los grandes señores crean, poco a poco, unos oficios de loberos para intentar erradicar la presencia de la fiera. Los éxitos son desiguales y, a menudo, provisionales, excepto en las Islas Británicas» (pp. 107-110). Los libros de caza explican detalladamente «cómo proceder para cazar al lobo o intentar exterminarlo: cacerías, batidas, trampas, fosas, redes» (p. 110). Los autores de los libros de caza subrayan hasta qué punto «el lobo es un animal infatigable, tenaz, lleno de astucia y de salvajismo. (...) Todos ven en él una criatura nociva e inútil» (p. 110).

En el undécimo capítulo, que se interesa por la Bestia del Gévaudan, el autor recuerda que «las historias de lobos mortíferos, que aterrorizan las poblaciones rurales, han sido numerosas en toda Europa entre inicios del siglo XVII y mediados del siglo XIX» (p. 117).

La de la Bestia del Gévaudan sigue siendo la más conocida. Se trata de un animal extraño y monstruoso. Se habla por primera vez de esta bestia en junio de 1764 (p. 117). Conviene recordar al respecto que, a mediados del siglo XVIII, los lobos son numerosos en el Gévaudan, región montañosa y forestal, situada al norte del actual departamento de Lozère. Además, su comportamiento es imprevisible. Al final del verano y al inicio del otoño, el caso adquiere otra dimensión, dado que, «en tres meses, el animal sanguinario, que los periódicos y las gacetas denominan “la Bestia”, mata a doce personas y hiere a otras trece. Ha sido vista por varios testigos» (p. 118). Con el transcurso del tiempo y de los ataques cada vez más numerosos, «el señalamiento de la fiera se enriquece de [múltiples] detalles, más debido al imaginario que a la observación» (p. 119).

Numerosas personas piensan que la Bestia es una suerte de hombre-lobo, «producto monstruoso del acoplamiento de una mujer y de una fiera» (p. 122).

Poco a poco, el caso supera el marco del Gévaudan para convertirse en un asunto de Estado. «A pesar de las cacerías y batidas, el monstruo continúa sus estragos. A finales del año 1764, sus víctimas [alcanzan la treintena]» (p. 122). Ataques y muertes prosiguen durante la mayor parte del año siguiente. A partir de entonces, la batida no se limita al Gévaudan sino que se extiende a las regiones de Auvergne, Vivarais e incluso Rouergue. «Las primas ofrecidas para su captura o su muerte son cada vez más elevadas» (p. 122). El Rey, avisado de los estragos perpetrados por la Bestia, decide poner todos los medios para capturarla y matarla (p. 124). Ante la ausencia de resultados, «la prensa ironiza y se preocupa», y el miedo se extiende (p. 124). Asimismo, «el clero multiplica las misas, los peregrinajes [y] las devociones a la virgen» (p. 125). Finalmente, el animal es abatido por Jean Chastel, el 19 de junio de 1767, durante una batida organizada por el marqués de Apcher. Se trata de «un animal de sexo masculino, que se parece a un lobo, pero [que es] más grande y más pesado, al pelaje rojizo [y] al cuello masivo» (p. 125). En tres años, la Bestia ha llevado a cabo más de 250 ataques, ha matado a más de 100 personas y ha herido gravemente a otras 70 (pp. 125-126).

En el decimosegundo capítulo, consagrado a las «creencias y supersticiones modernas», Pastoureau indica que «las supersticiones de la época moderna no son muy diferentes de aquellas de la Edad Media, pero están mejor documentadas y, por lo tanto, parecen más diversificadas» (p. 131). Bajo el Antiguo Régimen, «algunos curas han recogido las creencias de sus parroquianos

a fin de intentar erradicarlas» (p. 131). Posteriormente, «folkloristas, etólogos y sociedades científicas locales han tomado el relevo, han multiplicado las recogidas» y han acumulado una gran cantidad de datos (p. 131). En esa masa de informaciones, el lobo ocupa un lugar preferente. Hasta inicios del siglo xx, el miedo al lobo es una constante y «se acompaña de múltiples leyendas, consejos y prácticas rituales. Muchas conciernen el encuentro con el lobo. (...) El encuentro más preocupante se produce próximo a las Navidades, durante la noche, en un bosque o un cementerio» (pp. 131-134).

Todo tipo de medios son utilizados «para protegerse del lobo, por todas partes reputado feroz, astuto y antropófago. Lo más eficaz consiste en rezar a diferentes santos especializados. (...) Para proteger los rebaños, los pastores disponen de un rico arsenal de amuletos (...), talismanes (...), conjuros y rezos mágicos, más o menos cristianizados» (p. 134). El domador de lobo es más temido que el propio lobo. «Gracias a un pacto que parece haber firmado con el diablo, ese personaje tiene un poder sobre las fieras» (p. 134). Una vez abatido, además de dejar de ser una amenaza, «las diferentes partes de su cuerpo pueden ser utilizadas con fines terapéuticos o profilácticos» (p. 135). «Diferentes supersticiones asocian el lobo con el diablo y el Sabbat» (p. 135). Las creencias de la época moderna insisten igualmente «en los vínculos entre el lobo y la luna» (p. 138). Hace referencia a la mitología griega, ya que «Artemisa, diosa de la luna, es también la de las bestias salvajes» (p. 138).

En el último capítulo, que se centra en el lobo hoy en día, el autor subraya que pocas cosas quedan en las sociedades contemporáneas de esta historia cultural y de la imagen del lobo, «durante un largo periodo temido, desprestigiado, vilipendiado y odiado»

(p. 141). Perduran «ciertos nombres propios de personas y de lugares [asociados al] lobo; diferentes fábulas, leyendas o tradiciones que pertenecen a un folklore en vía de desaparición; y algunas lejanas locuciones y expresiones que forman parte del lenguaje corriente» (p. 141). Desde el fin del siglo xix, es decir desde que no ronda en el campo y «existe una vacuna contra la rabia, el lobo se ha hecho más discreto, no solamente en la vida cotidiana, sino también en el imaginario. Incluso se ha desmitificado, apaciguado, revalorizado» (p. 141). En la actualidad, en numerosos relatos de ficción, los humanos son a menudo más detestables o peligrosos que los lobos (p. 141).

Para Pastoureau, «uno de los pioneros en la inversión de la imagen de la furia fue Rudyard Kipling», autor británico del famoso *Libro de la jungla*, cuya primera edición aparece en dos volúmenes en 1894 (p. 143). A inicios del siglo xx, el escritor norteamericano Jack London contribuye también a transformar la mirada sobre el lobo. Es «autor de varias novelas de aventura que tienen como cuadro la naturaleza salvaje y como héroes unos lobos y unos perros-lobos» (p. 148). A partir de los años 1930, «el lobo se convierte en [una figura esencial] de la literatura juvenil y, luego, de los periódicos ilustrados y de los dibujos animados. De ese modo, se transforma en una criatura diferente, insólita, a menudo divertida, siempre entrañable» (p. 148).

Con el paso del tiempo, los defensores del lobo no se conforman con los avances observados en los ámbitos de la literatura, del cine y de la creación artística. «Cada vez más numerosos a partir de los años 1970, [se adhieren] a la ecología política y denuncian la injusticia hecha durante siglos a ese animal (...) injuriado sin razón y exterminado de manera irreflexiva» (p. 150). Hoy en día, «se agrupan en asociaciones muy activas y luchan, no solamente por la [reintroducción]

de la fiera, sino también por su protección, reivindicando para el lobo el derecho a vivir en estado salvaje y subrayando su rol importante en la regulación de las especies y el buen equilibrio de las especies naturales» (p. 150). Esto provoca unos conflictos, menos violentos, con los pastores, cuyas ovejas son víctimas de los lobos, y con los cazadores, que ven en la fiera un rival (p. 150). «Como en la Edad Media y bajo el Antiguo Régimen, el lobo sigue siendo un animal que [despierta] pasiones» (p. 150). Más aún, «sus protectores, apoyados por los zoólogos y los etólogos, luchan (...) por una rehabilitación de la imagen tradicional de la fiera, demasiado a menudo acusada de ser una depredadora cruel y antropófaga, gran amadora de carne humana» (p. 150).

Al término de la lectura de *Le loup. Une histoire culturelle* es preciso reconocer la originalidad tanto del objeto de estudio elegido (el lobo) como de la perspectiva teórica

privilegiada (una historia cultural de largo término) por el autor que es uno de los mejores especialistas del bestiario europeo a nivel mundial. Compaginando armoniosamente unos esquemas cronológicos y temáticos, consigue la proeza de hacer inteligible una historiografía compleja, bebiendo de diferentes fuentes y haciendo gala de un talento evidente como narrador. El libro está ricamente ilustrado, y un estilo a la vez literario y riguroso convierte la lectura de esta obra en sumamente agradable y enriquecedora. No en vano, y de cara a matizar la valoración sumamente positiva que merece, el lector echa en falta un mayor desarrollo de la historia reciente de ese animal.

En cualquier caso, la lectura de la última obra de Michel Pastoureau se antoja ineludible para mejorar nuestro conocimiento de la historia cultural del lobo.

Eguzki Urteaga